

# Por una Infraestructura Cultural

**L**A notable tarea del equipo encabezado por Virginia Betancourt, al cual debemos ya haber establecido las dignas bases de una futura gran Biblioteca Pública de Caracas y al cual corresponde ahora la ardua empresa de crear (prácticamente a partir de cero) la Biblioteca Nacional y el Sistema de Información del país, puede utilizarse como indicio de un benéfico cambio que se registra en la política cultural de Venezuela. A esta reorientación ha prestado apoyo al reciente decreto del Ejecutivo sobre construcción de locales para los institutos que custodian materiales culturales.

El cambio parte de una desconfianza por la manera superficial de atender la cultura mediante grandes actos públicos, rumbosos congresos, espectáculos artísticos de alto nivel circense, publicaciones llamativas y apresuradas, actividades todas que aun pudiendo revelar calidad, resultan meros fuegos artificiales: brillantes, efímeros, escasamente productivos. Sustituyendo ese criterio se está manifestando otro más serio: que la contribución del Estado al desarrollo cultural tienda a fortificar las instituciones específicas y a dotar a los ciudadanos del instrumental conveniente para facilitar su tarea artística o intelectual.

Del mismo modo que la economía del país debe dirigirse centralmente a aprovechar la coyuntura financiera favorable para construir una firme infraestructura (industrias básicas, modernización agrícola, transportes, etc.) del mismo modo el país reclama la creación de una sólida infraestructura cultural, atendida por elencos serios y responsables. Se trata de una previsible evolución que conduce a las operaciones de la vida adulta.

Dentro de esa infraestructura ocupan sitio preponderante los repositorios de materiales (archivos, bibliotecas, museos, cinematecas, etc.), así como las instituciones estables destinadas a la trasmisión artística (orquestas, teatros, ópera, etc.) junto con los organismos que preparan a sus equipos (conservatorios, escuelas, talleres, etc.). Esos tres elementos componen una estructura sobre la que se asienta la libre creatividad de la sociedad y ellos son los que propician. Convendría no confundir instituciones con edificios. Estos son fáciles de elevar, mientras que aquellas exigen tiempo y trabajo. Hace dos años me deslumbré con las instalaciones modernísimas de la biblioteca de Maracaibo. Nunca había visto mejores, salvo por un pequeño detalle: la biblioteca carecía de libros.

Construir el acervo de una biblioteca es una obra de arte, bella y humilde, que se entrega a la sociedad. De las que disponemos, la mejor es aún la de la Universidad Central dentro de su carácter multidisciplinario (como especializada la mejor es la del IVIC), pues ha sido bien pensada y planificada y cuenta con una buena organización. Pero su acervo no supera los 250.000 títulos, cantidad irrisoria para atender a un país. Sólo a partir del millón de obras bien seleccionadas comienza a disponerse de una biblioteca útil. La universidad debería propiciar ese verginoso aumento, pues mientras no contemos con la Nacional, que llevará años formar, es prácticamente nuestra única biblioteca.

Lo mismo ocurre con otros repositorios, como museos y cinemateca, que por un fatal deslizamiento se van transformando en lugares de exhibición de materiales prestados, ajenos. Un museo no es una galería de arte, ni un edificio para exposiciones temporarias, sino una colección propia de obras expuestas didácticamente para la sociedad. Cuando carecen de recursos para formar su acervo (que puede implicar altas cifras) se transforman en galerías cuasi-comerciales y a veces hasta lo consideran un triunfo. Es la historia de la Cinemateca: por carecer de lo que su nombre define (una colección importante de filmes en propiedad) se transforma en un cine-club que pasa las películas que los distribuidores aún conservan, algo llovidas, en sus depósitos. Si se revisa el catálogo del pariente pobre de Bogotá (la Cinemateca Distrital) y se encuentran las obras maestras del cine mudo (El gabinete de Caligari, La barquera Maria, del cine mudo, etc., se experimenta cierto desaliento, máxime si se piensa que estamos en el periodo de despegue de un cine propio, donde es más urgente la formación de los equipos que han de atenderlo.

Formar los grandes acervos de los repositorios, dotarlos de edificios, preparar los equipos para que los trabajen y acerquen al público, es frecuentemente una tarea que exige muy altos recursos económicos y a la vez resulta oscura, poco propia para el criterio de la "nota" llamativa, la alharaca del mucho espectador, pero si el país aprovecha esta ocasión favorable para hacerla, durante un siglo será recordada con agradecimiento esta época, porque de ella procederán las sólidas bases de una fuerte y fecunda expansión de la cultura nacional.